

jorge calvimontes y c.

# lenguaje periodístico -primicia fantástica al modo de las mujeres desnudas-

## 1. Origen y desarrollo

Viene de siempre, de las auroras del hombre, desde ese milagro hecho grito cuando el párvulo –cabeza abajo– cimbra el glúteo incipiente ante la palmada seca de la obstetriz parlera. Primigenia y vital resonancia de un nuevo modo de ser, vertida a tiempo de hacerse ajena al cordón umbilical; gemido en pos del aire y, con él mismo, primera página oral; endeble pero incesante raíz instintiva, afirmada, al fin, en vigorosa historia lingüística, cuando ese animal impulso discurre por los cauces mentales y arriba a la vertiente del hecho humano.

**Grito**, palabra, caracteres escritos.

Grito, exclamación, remotas fonías, para encontrarse a sí mismo, para hacerse presente, oírse y dejarse oír. Esto es, no sólo erguirse sobre las extremidades inferiores y aprehender, junto al horizonte, dimensiones varias: verticalidad, profundidad y altura; lo mágico percibido de adentro y de afuera: inquietante y atractivo. Temores y ansiedades debajo y por encima de cósmicas percepciones.

**Palabra después**, el repetirse de uno, de los otros, con uno y con los otros; todos. El permanecer aquí, proyectarse allá, el retenerse acá; difundirse. Hacerse uno su imagen, describirla, vivir y eternizarse. Ser uno mismo apropiándose del medio y haciéndose uno mismo para distribuir lo poseído. Ser no sólo en el continente de mi proceso biológico. Yo, evadiendo la cárcel anatómica para

existir en el ahora y el aquí. Así y todos mis pasos hubiesen remontado los recodos de la ausencia.

**Caracteres escritos.** Yo mismo después del milenio. Jinete redivivo sobre el corcel arcano de códices amarillentos; testimonio de mi sombra proyectada por el tiempo. Nosotros los de ayer, vencedores seculares de la vida y de la muerte, trasegando en el presente, a la hora actual, la ambrosía madura y el vino del bodegón donde el hombre se embriaga de experiencias y recuerdos. Palabra escrita en la roca con estiletes de obsidiana, sangre y sudores, llanto y beleño acerbos, tinta indeleble del verbo en la epopeya del hombre. Palabra escrita en fragancias retenidas para siempre, de la rosa y el sándalo, de la mirra y el incienso; bajel de ensueño flotando sobre el silencio sonoro del verso frutal, del orgasmo mutiplicado en cadencias. Por ella estáis aquí, Homero, Hesíodo, Píndaro y Catulo mortificando el hastío, la molicie y la impostura de la ignorancia hecha emblema. Por ella, Thales se asoma a nuestros ríos profundos y moja sus desconciertos en nuevas aguas, distintas, discurriendo lo inconstante.

Palabra escrita, proyectiles acuñados en santabárbaras antiguas: flecha, arpón, lanza o ballesta, trabuco, fusil montonero, guadaña, espada o daga regia, heridoras de epidermis indiferentes e impávidas. Los inquisidores, por ella, han oscurecido edades, incineraron la idea con actos de fe, crepitantes, cuando danzaba la imagen de una iglesia opuesta al vuelo del pensamiento del hombre. Y hete aquí Copérnicos y Galileos repitiendo todavía, desde siempre y para siempre, la consciente **e pour si move...**

Vedla aquí, después de todo, recogiendo del pasado. Observadla cómo hilvana las filigranas del hombre cuando entreteje su huella dolorosamente uncida a los trebejos del surco con la esperanza afiebrada de los milpares repletos; cuando concibe en la sangre de sus ojos la respuesta existencial para la angustia; cuando, alfarero de sueños, barniza su piel costrosa con la esperanza del cambio. Oídla hablar, decir y contradecir, consoladora nas veces, anatémica otras, si el artista no es sólo desparramador de abstracciones; más bien cuando hace gubias con el polvo de su entorno y provee a la estructura de su anhelo un puño airado.

Palabra escrita, rasgo inconfundible del hombre en la artesa de su yo contradictorio. Ella conjuga la harina, el agua y la sal; sus miserias, sus enconos, sus telúricas implicaciones, su egoísmo, sus encuevamientos, su generosidad; sus dádivas y sus regateos, sus sociales problemáticas hechas duda y certidumbre. Su afán de ser él mismo y repetirse en los demás; su hipócrita y ostentosa disposición para irse, de evadirse; su oculto deseo de estar siempre aquí, contigo y con nosotros, oliendo y maloliendo, mejorando el ambiente o contaminándolo, renegando de ser bestia, cansándose de ser únicamente espíritu y, al fin, mendigando, reclamando o

tomando el derecho de ser siempre el mismo: hombre, actor y público, lámpara y sombra, recipiendario y vertiente, poseído y poseedor, masturbador colectivo, protagonista sexual solitario de eyaculaciones precoces y tardías; partero de su propia gestación y cordón umbilical del prójimo.

## 2. Esencia y epidermis

Al final, diluida la tormenta, cesado el cataclismo, arborizado el desierto; tachonado el predio, de ritmo, color y formas; tranquila y serena la superficie del río profundo, hollado el cielo y tapado el sol con una mano. El sueño haciéndose latido, discurriendo el medio día hacia el crepúsculo y acicalándose la aurora presentida e inminente. El hombre está de pie, sus pasos se repiten en el polvo, la grama o el asfalto. Ahí está, mira desde la sima de sus ojos infinitos, comprende, interpreta y confunde, conoce y desconoce. Otra vez la misma ruta: piensa, dice, escribe y lee.

Encontrémoslo.

Tiene en sus manos un libro, un periódico o un cuaderno. Ahí estás tú, ansioso devorador de tu historia, tu romance o tu tragedia; porfiado cronista de tus hechos; ansioso tallador de la nueva epopeya fecundada a cada instante.

Kafka, dicen quienes lo estudiaron, se hallaba como un hombre desnudo ante otros hombres vestidos.<sup>1</sup> En verdad, si Kafka era literato, no podía estar de otro modo ante el complejo social. La literatura no sólo es la esencia del hombre, es también su epidermis, su única vestidura existencial. Neso, el de la mitología, tuvo una ventaja frente al literato. Cuando le desgarraban sus vestiduras, con ellas se despellejaba su epidermis. El desgarramiento de la epidermis de quienes escriben no deja intacta su esencia; ella sigue la misma suerte. Por eso, hacer literatura es desgarrarse desde adentro, desde el yo problematizado y ansioso de fúlgidas expresiones.

En el curso cotidiano de la realidad, éste donde la persona sigue siendo el sinónimo de la máscara, éste donde la norma y el trato social impuestos como valores del sistema –y fue así desde la chispa originaria del fenómeno social– propician al encuevamiento del ser, todos acuden al quilombo adecuadamente disfrazados; todos, menos el artista; todos, menos el escritor; por cuanto éste **es** y no **debe ser**; por cuanto el sentido de su capacidad creativa resulta fallido si se escuda en el disfraz. La literatura es apetecida, como las mujeres, por su plena desnudez. Debemos cuidarnos, sin

<sup>1</sup> Gaspar Gómez de la Serna, *Ensayo sobre literatura social*, pp. 292 y 293.

embargo, de confundir la desnudez con la prosaica elementalización. Estar desnuda no es simplificarse, significa la posibilidad de reflejar y aprehender cuasi directamente la esencia; es la liberación de la forma túrgida, opulenta, esbelta o fina, de aquellos ropajes impuestos y constreñidores de la fórmula aparente. El ritmo, la armonía y el color, en última instancia el temperamento, son más ellos, auténticos y reales, cuando no se aprisionan con ligas y corpiños.

Dice Gómez de la Serna:

El hombre es más de lo que realiza. Y que nuestra débil naturaleza busque a pesar de todo una componenda con las tiránicas determinaciones de la vida, es perdonable; el que no lo consiga, el que haya algo en ella que se opone a ese compromiso, es su triunfo.<sup>2</sup>

Así el literato es sobradamente más de cuanto pueda hacer por su capacidad de trascender sobre el condicionamiento, de rebelarse al aparato generado del conformismo. Sin embargo su propio acomodo, su adaptación, le hace ser él mismo. Se trata ya “de un ser determinado en sí y por sí mismo”, como dijera Alfonso Reyes, pues “no importa lo que con la fórmula lingüística se dice, sino lo que se hace con ella”.<sup>3</sup>

En frente de esta conceptualización contradictoria del sentido social del literato, de su ser, de cuanto hace y cómo hace, de la validez de su presencia y de su propia autenticidad –aspectos susceptibles de esclarecerse sólo por la interpretación de la realidad y de nuestras relaciones con ella–, los periodistas podemos acometer, como oficiantes de la liturgia del verbo escrito, un propósito de identificación del sentido y de las proyecciones de nuestra actividad.

### 3. El hecho literario

José Acosta Montero señala: “La comunicación, en su principio y origen, asimismo al vuelo sin fronteras del pensamiento, se convierte en literatura.” Apoya esta afirmación citando las palabras de Fidelino de Figueredo:

La lucha por la expresión mediante la palabra es el origen del arte literario, es el grado primordial del fenómeno literario en

<sup>2</sup> Gaspar Gómez de la Serna. *Op. cit.*, p. 294.

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, *El deslinde*, cap. VII.

las sociedades humanas. Y este fenómeno literario es tan típicamente real y constante como la busca y creación de la riqueza, como la religión y la guerra, la política y la enfermedad. Es indispensable característica de la vida del hombre normal en comunidad y hasta en las meditaciones solitarias. La palabra interior de los meditabundos llega a tornarse palabra en los verbo-motores.<sup>4</sup>

Si la comunicación hace posible el vuelo sin fronteras del pensamiento, es por causa de ella como el hombre se hace y es; sea dicho rotundamente: **existe**. Su percepción inteligente de las cosas, de su entorno, se hace conocimiento social y compartido a causa del fenómeno comunicativo viabilizado en el lenguaje. Ahora bien, el hombre existe como conquistador y transformador de la naturaleza y, habiendo sido capaz de crear y perfeccionar las formas de su desarrollo social, está históricamente comprobado cómo él mismo ha ido elaborando, cada vez en grado más progresivo, sus posibilidades de expresión. Conforme actúa el hombre como protagonista de la relación social, sus capacidades comunicativas ascienden del plano simplemente expresivo a un nivel de acumulación y formulación de nuevos conocimientos. Así la aparición de la palabra oral como significadora de los conocimientos poseídos por el hombre primero y la presencia de la escritura después, como medio de conservación y difusión de su acervo cultural, devienen en tanto formas lingüísticas, no sólo como vehículo capaz de incorporar sus vivencias, los resultados de su inmersión en la realidad, sino también los de su imaginación, sus ideas y su disposición a la fantasía. A la manifestación de este proceso, donde se involucra el hombre con su realidad o se abstrae de ella, a su expresión oral o escrita caracterizada por "el uso social de su forma y la elección que asume", pertenece el fenómeno literario.

#### **4. El escritor en la sociedad**

Hay de principio, para quienes escriben, la necesidad de examinar los rasgos característicos del medio en el cual actúan, de las relaciones por las cuales se informan y se forman y de procurar el análisis de las posibilidades virtuales y reales de aquella función específica dentro de la cual puedan, consecuentemente, desarrollarse. Significa este examen la ineludible ubicación del hombre en el complejo social. Sólo el saber cómo y por qué estamos donde

<sup>4</sup> José Acosta Montero, *Periodismo y literatura*, p. 24.

estamos, le permite al escritor asumir conscientemente su tarea. Dicho sea para aclarar: hablamos de ubicación en el mismo sentido del acto de localizar y no de adaptación, lo cual viene a ser simple acomodo. Es obvio dejar sentado cómo la ubicación, el saber dónde estamos situados, se configura en la disyuntiva por la cual podemos llegar tanto al acomodo como al inconformismo.

La comunicación no es proceso transmisor de sentimientos puros, ellos no se expresan en el ser humano independientes del pensamiento; no los conocemos sino a través del pensamiento expresado, de la comunicación, del lenguaje. Por eso al escritor le es necesario conocer su realidad para asumir una tarea, y ésta ha de ser consciente aun cuando ella se manifiesta en la aceptación o el rechazo de esa realidad. No se puede aceptar o rechazar lo desconocido. De hecho, podría todavía hablarse de la actitud indiferente de quienes pretenden sumergirse en la alberca de su entorno social, sin mojarse; sin embargo esta impermeabilidad, psicológica imaginaria o real, no es sino el resultado de su información y de la actitud del hombre pensante. El hecho de ser impermeable no niega la existencia de la alberca. Así los indiferentes a la realidad política y social, y también los opuestos, por su indiferencia y su oposición, son tales sólo en relación con la realidad existente. Lo existente no puede generar opuestos ni indiferentes. Valga este señalamiento para valorar la ubicación del escritor en el contexto social como la causa y el efecto de su acontecer.

La primigenia condición del hecho social es la comunicación como una forma más de las necesidades materiales del hombre, para cuya satisfacción se asocia. El comunicarse no sólo es necesidad material, también vehículo por el cual se hace posible la formación de medios, recursos, aparatos y estructuras conllevadoras a la satisfacción de las necesidades materiales. Este comunicarse no es cosa ajena a la transmisión cultural, el producto de la elaboración humana, transformando, modificando y mejorando su ambiente. Una vez mejorado el ambiente hostil por los primeros antecesores del hombre, sus descendientes llegan ya al ambiente modificado, al transformado y es a ese habitat al cual necesitan adaptarse.

Leamos otra vez a Acosta Montero:

Anaxágoras dijo que la inteligencia nació de la mano. En realidad, la mano fue el instrumento. El origen del intelecto debe buscarse en esa fuerza telúrica que aleteaba en el **primate** hasta forzarle a ser origen del **homo faber** y desembarcar en el **homo sapiens**; una fuerza telúrica que le obligó a través de millones de años a realizar el largo camino hacia el hombre, en los medios más hostiles, a veces siendo el menos

preparado de los animales para cumplir la determinación que desarrolla los conocimientos sobre sus propias acciones; una fuerza telúrica que impelió al **primate-homo faber-homo sapiens** –hombre a vivir en sociedad y a comunicarse. Los primeros primates aprendieron más de su medio circundante que cualquier otro vertebrado, usando manos y ojos. Capaces de aprender por experiencia, siempre bajo control cortical, los primates no olvidaban. De un lado, la potencia capaz de hacerles aprender y no olvidar, de otro, la facultad de transmitir sus conocimientos, de comunicarse, llevaban a ese ser excepcional del planeta al descubrimiento de la técnica, cuya reversión fomentaría la amplitud de su capacidad craneal.

Y en el origen de todo, en el principio de la puesta en marcha de la fabulosa transformación, a la que el hombre habría de buscar explicación divina, estaba la comunicación, la facultad, la necesidad natural de dar participación a otro de lo que uno tiene; de propagar y difundir lo propio; de informar y hacer saber a los demás alguna cosa; de conversar con los otros. En el origen, pues, la obligatoriedad, emanada de alguna zona creciente del cerebro, de expresarse de cierta forma con los compañeros de manada, para compartir alegrías, tristeza, hambre, terror, miedo, satisfacción necesidad... descubrimientos.

La cultura no es sólo creación, sino creadora. Técnica y cultura obligaron al **homo faber** a evolucionar. Origen y vehículo de la transformación estaban en la comunicación. Si hubiese que buscar un determinante en la evolución del primate hacia el hombre, lo encontraríamos en la causa y efecto de la comunicación. Esa fuerza telúrica, que es síntesis de cuanto ha promovido la génesis del ser humano, puede ser sintetizada en la comunicación, en la necesidad de vivir en sociedad y de compartir cuantos conocimientos surgían en el individuo que de tal modo pasaban al acervo común y se transmitían en la herencia.<sup>5</sup>

Nuestra insistencia en señalar a la comunicación como esencial condición del hecho social –aun cuando no sea necesariamente finalista– tiende a mostrar cómo la ubicación del escritor en el contexto social, en cuanto a su función de comunicador, es de primordial importancia. Durante esa enorme e inquietante temporalidad precedente a la aparición de la escritura, el lenguaje de la comunicación se manifiesta ciertamente en ausencia de la símbolo-

<sup>5</sup> José Acosta Montero, **Op. cit.**, pp. 18 y 19.

gía gráfica conocida hoy, y desde arcana temporalidad, como la escritura. Sin embargo así, con el vocablo oral, con la tradición guardada en la memoria y el relato de los amautas, los willacumas o los sanedrines, no es lógico negar la existencia de la expresión literaria; memoria, acumulación de conocimiento, conservación de recuerdos, perpetuación de heroicidades dichas, repetidas periódicamente o declamadas en torno de las hogueras tribales, remotas predecesoras del ágora y de la palestra, venidos a constituirse después, por la presencia del signo escrito, en la expresión monumental de las epopeyas o los cantares de gesta.

Desde aquí la civilización y la cultura añaden a los monumentos arquitectónicos otros, tanto o más testimoniales, capaces de transmitirnos las incidencias y las conquistas logradas por el hombre. Por ello es el escritor, cronista, compilador, poeta visionario o mágico narrador de ficciones o sutilezas, actor inseparable del drama social de todos los tiempos; es por él, por su sensibilidad y pensamiento, como el fenómeno social se dice y se contradice, se hace y se mejora, se rescata él mismo de la muerte proyectándose en la esperanza sobre el fornido tronco de sus propias contradicciones.

Para el marxismo la obra del escritor, su creación literaria, pertenece al orden de la superestructura social; al cuestionar la ideología de las clases dominantes, al aceptarla e involucrarse en ella, lo mismo cuando voluntariamente desea mantenerse al margen, toma parte en la lucha de clases; las relaciones con los medios de producción, la economía, determinan los caracteres de una época social y, consecuentemente, ellas definen la característica de la literatura en ese periodo.

La teoría marxista insiste en que si la literatura es reflexión de los conflictos sociales, este reflejo no siempre es directo, sino que también puede ser indirecto y sumamente complicado. No es pues una explicación mecanicista, sino dialéctica.<sup>6</sup>

Ayuda a nuestro propósito hablar genéricamente del escritor y su obra, pues son circunstanciales y no de fondo las posibles diferencias entre escritores y periodistas y entre literatura y lenguaje periodístico. Una vez precisados los puntos de vista acerca del escritor y la literatura podremos señalar las funciones del periodista y las características del lenguaje periodístico.

## **5. Presencia de la literatura en el origen del periodismo**

Cualesquiera de las tareas peculiares de la actividad periodística se involucran en el proceso comunicativo. Está implícita en la

<sup>6</sup> Arturo Souto, *Literatura y sociedad*, Área: Lengua y Literatura, p. 13.



comunicación la presencia de causas, voluntades y propósitos y además la manifestación de formas expresivas; todas, necesariamente todas, interrelacionadas con recursos idóneos para obtener la finalidad del hecho periodístico.

La función periodística no está confinada al sólo propósito de informar, de transmitir la noticia. En verdad la periódica aparición, las hojas impresas, nunca tuvo esa unilateral proyección, pues el carácter multiplicador de la imprenta permitía ampliar el ámbito conventual, monástico y religioso, de la creación literaria hacia nuevas zonas o grupos sociales. No es accidental encontrar en las páginas de los primeros periódicos impresos espacios destinados a comentarios, crónicas y relaciones, artículos de fondo o piezas narrativas por entregas. Los primeros periódicos salían a la luz pública con una periodicidad más espaciada en relación a la actual y este hecho obligaba a tratar al acontecimiento en mayor profundidad a la de una simple información. Informar e influir en el pensamiento del lector, viabilizar y controlar una opinión pública, era el objetivo del periodismo impreso.

He aquí la referencia de José Acosta Montero a la aparición del periodismo regular:

Es preciso detenerse, siquiera un momento, a comprobar que la aparición del periodismo regular está supeditada al manejo de la opinión pública. Se trata de informar –El descubrimiento de América era un motivo excepcional, así como las guerras que se producían en Europa–, pero, sobre todo, se trata de influir en el lector. La doble vertiente del periodismo aparece ya en su origen mismo. Comunicar es dar noticias, y comentarlas, y opinar, y criticar e inducir al lector a que tenga determinados pensamientos. El suceso fundamental que hizo posible la aparición del primer periódico regular fueron las guerras de religión, la Reforma protestante. El periódico, desde el principio, fue una arma de combate, activa y directa, en función de las manos que lo controlaran.<sup>7</sup>

Si era así la característica del periodismo impreso, si la opinión, la manifestación de puntos de vista, el propósito político, compartían los albores del periodismo, no es extraña la existencia de una forma expresiva, de un lenguaje connotativo, tanto más tendencioso cuanto elaborado en oposición al lenguaje informativo.

No se hace necesario definir las funciones periodísticas si bien debemos señalar o mencionar algunas de ellas en el curso de la exposición. Parece, en este sentido, más útil examinar ideas,

<sup>7</sup> José Acosta Montero, *Op. cit.*, p. 174.

opiniones y juicios acerca de cómo hemos de considerar la literatura. Esto ha de ayudarnos a despejar la innecesaria referencia a ciertas calidades de mensajes periodísticos apartados de suyo del ámbito de la expresión literaria, habida cuenta de sus propósitos o finalidades. Desde luego, y como ejemplo, no participa en el tratamiento de este tema ni la estadística, ni el movimiento de la bolsa de valores, ni la abigarrada cartelera de espectáculos y mucho menos el lenguaje telegráfico de avisos oportunos y económicos, aun cuando su inserción se haga en preñadas páginas periodísticas y aun cuando se expresen periódicas y periodísticamente.

## 6. La literatura

Tanto como el lenguaje tiene de arbitrario, así es de impreciso. Tanto puede el vocablo iluminarnos como desatar las sombras de la duda, aun cuando no tenga voluntad para hacernos sentir, pensar o creer, ni le sea inherente la intencionalidad, es muestrario unas veces, o escudo otras, según sea la conducta y el propósito comunicativo del vocalizador. La palabra no hace ni deshace por ella misma, es “cápsula” verbal, como diría Alfonso Reyes, y quien la vierte o la dispara es el hombre.

Cientos de formas literarias expresan el poliédrico reverbero de la actividad humana. Los allegados y oficiantes de una u otra tienda socioprofesional, cuando hablan de su economía verbal, se refieren a su propia literatura: recuérdese la literatura médica, esa de los vademecums farmaco-expositivos, la del lunfardo, la literatura policial, aquella desliteraturizada de la onda joven —no alcanzó aún a diseñar cuál sería su contra-arquetipo, ¿cómo hemos de concebir la onda vieja?—, unas literaturas en ciernes y otras literatufias conculcantes, embadurnadas en el marginalismo intelectual, ridículamente apoltronadas en el mórbido conformismo y la contumacia deprecadora del desperdicio reporteril encadenado a las actas de comisaría. Y otras, dolorosamente gestadas en el afán de liberarse el hombre de una arcaica cárcel idiomática, con grillos y cadenas conceptuales adheridos, en la esotérica aspiración del conservatismo político y ético, a un muro impenetrable, forjado asimismo como imperturbable, ante la resonancia y la disonancia.

Y si acaso el magín vacío de los elementalizadores de la expresión no estuviera preñado, a tiempo, por la fetal mendicidad del disparate, hay todavía otras literaturas justificativas de la violencia o manifestadores de los “valores” institucionales de la represión: la literatura tortuosa de los bostezos cuarteros y esa coprorrea oral, impávidamente expuesta en las banquetas esquine-

ras, fungiendo ante la arrobada ingenuidad de las masas como paralelo instrumento coercitivo del intelecto y de sus posibilidades de creación.

Helen von Ssachno transcribe una referencia al escritor y los conflictos sociales pertenecientes a Ilya Erenburg (capítulo intitulado "Sinceridad en la Literatura"):

El escritor debe presentar conflictos y contradicciones interiores, detectar todos los síntomas del desequilibrio anímico. Su tarea consiste no sólo en mostrar conflictos que se le ofrecen y para los que ya ha hallado una solución, sino que debe presentar también aquellas perturbaciones del alma que todavía no fueron descritas en ningún libro ni en ninguna publicación. Puesto que el escritor está capacitado para penetrar en la vida interior de los hombres con más claridad y perfección que el lector, no tiene derecho a arredrarse y dejar de exponer ante sus ojos fenómenos que todavía muchos no son conscientes.

Y a propósito de la tendencia, Erenburg agrega:

Por tendencia... entiendo la pasión con la que está escrita... El escritor no es una máquina que registra mecánicamente datos... Escribe porque le apremia decir a los hombres algo personal, porque le consume el deseo formal de escribir... De esta manera surgen libros con apasionada participación, que aun cuando en ocasiones denoten defectos artísticos, captan irremisiblemente al lector en su órbita.<sup>8</sup>

Y aludiendo al oportunismo de los escritores, el crítico soviético Pomeranzev diría:

No quisiera ser trasladado de un mundo exótico a otro distinto, pero igualmente exótico. ¡No te bambolees de un extremo a otro, camarada escritor, de lo contrario pierdes de nuevo el contacto conmigo, el lector.<sup>9</sup>

Son necesariamente oportunas tales expresiones, pues el escritor no ha de malograr su tarea dejándola al nivel de la copia mecánica ni al escapismo de la abstracción; tampoco ha de ser péndulo dependiente únicamente de las circunstancias favorables o desfavorables del aparato social, lo cual equivaldría a su mimetización.

<sup>8</sup> Helen von Ssachno, *Literatura soviética posterior a Stalin*, Cap. "Sobre la Sinceridad en la Literatura", p. 71.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 70.

Expresar, sobre todo, es crear, adelantarse, aportar el sentido profético de la predicción, vinculada de principio a su capacidad interpretativa y proclive a encontrarse con toda la maraña social y psicológica desde la cual deviene la textura anímica del lector.

## **7. El periodista confirma un proceso originariamente social**

Tanto para el escritor como para el periodista, aclarando que uno y otro pertenecen a una misma categoría aun cuando por las características específicas de su trabajo sean diferentes sólo circunstancialmente, son válidas las palabras anteriores y éstas sobre Thomas Mann:

También sentía su momento como punto crítico, pues había aprendido a verse así y a su tiempo en dimensiones históricas, lo que no quiere decir que sobreestimara, sino más bien todo lo contrario.

Nunca había dado demasiada importancia a las ilusiones y consiguientes resignaciones de los eternos expresionistas, sobre los que se expresa así en su conferencia *Meine Zeit*:

Pensándolo bien, yo jamás he seguido la moda, no he vestido nunca el macabro hábito de fin de siglo, ni he conocido el orgullo de estar en la cumbre o a la cabeza de las corrientes literarias del momento, no he pertenecido a escuela o camarilla alguna de las que estaban en boga, ni a la naturalista, ni a la neorromántica, neoclásica, simbolista, expresionista o como se llamaran. Por tanto, tampoco me he visto llevado nunca por una escuela, rara vez he sido objeto de las alabanzas de los literatos.<sup>10</sup>

Es verdad, en la causa original del quehacer literario no entra la decisión o el deseo del escritor para ubicarse a la cabeza de corrientes literarias o involucrarse en los proyectos ideológicos y valores estéticos de escuelas o camarillas. Lo esencial es el entendimiento de ese "momento crítico" y de esas "dimensiones históricas" que más tarde pueden o no situarlo dentro de una tendencia, hacerlo objeto de los aplausos y las diatribas consiguientes. Dicho esto, no ha de significar, sin embargo, la incapacidad de reconocer lo pertinente de nuestra tarea en corresponden-

<sup>10</sup> Hans Mayer, *La literatura alemana desde Thomas Mann*, p. 14.

cia con el núcleo social del cual provenimos y al que deseamos adherir conscientemente.

El autor de *La montaña mágica* señala:

Ser no es igual a bienestar, es placer y esfuerzo; todo ser espacio-temporal, toda materia, toma parte, aunque sea desde el más profundo letargo, en este placer, en este esfuerzo, en el sentimiento que invita al hombre, portador del sentimiento más vivo, a la simpatía universal.

Afirmaba así la “confesión de libertad interior, de liberador respecto del hombre a sí mismo”.<sup>11</sup>

Y si hemos de confrontar el pensamiento de Thomas Mann, conspicuo representante de la literatura burguesa alemana, con las concepciones de Bertold Brecht, brillante dramaturgo de la Alemania Oriental:

El pensar es un comportamiento del hombre para con el hombre. Se ocupa menos del resto de la naturaleza, pues en ella accede siempre indirectamente a través del hombre. En todo pensamiento ha de buscarse, pues, a los hombres a quienes se dirige y de quienes proviene. Sólo entonces se comprende su efecto.<sup>12</sup>

Podremos colegir que el pensar, el sentir y el expresarse literariamente son conductas propias del hombre y para el hombre, desde el hombre hacia el hombre, son el resultado de una apreciación de la realidad directamente vinculadas con la palabra premonitoria de aquello que deparan al futuro las dimensiones históricas del presente. Hacer, sin embargo, literatura desde el hombre y hacia el hombre no significa en modo alguno la manifestación de un proceso individual, aislado –intro o extrovertido para uno mismo–, sino la confirmación del proceso comunicativo, originariamente social.

## 8. Toda literatura puede hacerse periodismo

Alfonso Reyes señala:

Sumariamente definidas las principales actividades del espíritu, la filosofía se ocupa del ser; la historia y la ciencia del

<sup>11</sup> Hans Mayer, *Op. cit.*, p. 15.

<sup>12</sup> Bertold Brecht, *Meti. Buch der Wendungen*, citado por Hans Mayer, *Op. cit.*

suceder real preceder en aquélla, permanente en ésta; la literatura de un suceder imaginario, aunque integrado –claro es– por los elementos de la realidad, único material de que disponemos para nuestras creaciones.<sup>13</sup>

La literatura posee un valor semántico o de significado, y un valor formal o de expresiones lingüísticas. El común denominador de ambos valores está en la intención. La intención semántica se refiere al suceder ficticio; la intención formal se refiere a la expresión estética. Sólo hay literatura cuando ambas intenciones se juntan. Las llamaremos, para abreviar, la ficción y la forma.<sup>14</sup>

El contenido de la literatura es, pues, la pura experiencia, no la experiencia de determinado orden de conocimientos. La experiencia contenida en la literatura aspira a ser comunicada. Para distinguir el lenguaje corriente o práctico del lenguaje estético y literario, se dice a veces que el primero es el lenguaje de la comunicación y el segundo de la expresión. En rigor, aunque la literatura es expresión, procura también la comunicación. Aun en los casos de deformación profesional o de heroicidad estética más recóndita, se desea –por lo menos– comunicarse con los iniciados y, generalmente, iniciar a los más posibles.<sup>15</sup>

César Fernández Moreno anota:

La literatura es, pues, una disciplina expresiva, una técnica lingüística que consiste en la representación escrita de contenido síquico valioso, con la intención y la capacidad de transmitirlos a una serie indefinida de sujetos receptores.<sup>16</sup>

A través de la historia la palabra gramática se ha especializado, científicándose, en tanto que la **literatura** ha mantenido su indefinición y elasticidad primitivas. Obtenemos así una primera y obvia nota de la literatura: su carácter escrito, su literalidad. Literato, en consecuencia, viene a adquirir completa sinonimia con escritor.

La literatura es lenguaje; pero no todo lenguaje es literatura.

El lenguaje es instrumento exclusivo del hombre para comunicarse con sus semejantes, únicos que pueden comprenderlo. Dado el carácter representativo de este lenguaje que la

<sup>13</sup> Alfonso Reyes, **Antología: textos de lengua y literatura**, Lecturas Universitarias, p. 99.

<sup>14</sup> **Ibid.**

<sup>15</sup> **Ibidem**, p. 100.

<sup>16</sup> César Fernández Moreno, **Antología: textos de lengua y literatura**, Lecturas Universitarias.

constituye, la literatura comporta a su vez una referencia a la realidad (existente o imaginada; para esta última, el lenguaje es una de sus pocas posibilidades de corporizarse bajo la forma de literatura fantástica). Todo ello supone que, siendo un fenómeno lingüístico, la literatura viene a quedar sólidamente atada a una tarea mediadora de hombre a hombre, de la que en vano se le pretende desligar.<sup>17</sup>

...La creación literaria tiene su causa final: la recepción de la obra por el contorno social e histórico, sin la cual no se realiza el ciclo completo de ninguna disciplina expresiva. Pues toda expresión (con respecto a quien se expresa) es también una impresión (con respecto a los receptores); lo es simultánea y no sucesivamente, ya que al colocar su conocimiento fuera de sí, el hombre lo traslada sin solución de continuidad al medio social donde inseparablemente vive.<sup>18</sup>

Veámos cómo las afirmaciones de Fernández Moreno hechas en torno de la literatura pueden referirse, igualmente o acaso con muy pocas variaciones, al periodismo:

Si hemos de convenir en que la expresividad es también comunicación, la comunicatividad es propósito fundamental del periodismo, aunque no por ello rechace ni puede rechazar la expresividad. Por elemental que se haga la expresividad del reportero en la elaboración de una noticia, y aun cuando él no quiere fungir sino como simple canal transmisor del acontecimiento, recuérdese que el periodista ante todo es hombre y como tal su comportamiento es el último que realmente puede robotizarse. En diferencia con el telex, la estenotipia o las correctoras Mergentaler, fríos y apáticos ante el contenido del mensaje, el hombre aporta, irremisiblemente, la carga de su intención y de su emotividad. Y aun cuando el tratamiento de la noticia sea frío y objetivo, esa frialdad es fruto de su emotividad y esa objetividad es la presencia de su intencionalidad. Si esto acontece en la conducta del más elemental informador, del noticiador artesanal, está, desde luego, más profundamente manifiesto en el propósito comunicativo y la calidad expresiva de ese periódico escritor que estructura, adereza y borrona entrevistas, reportajes y artículos de opinión.

La televisión y el radio, en su creciente expansión, tienen programados espacios informativos, noticiosos y opiniones que

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 96 y 97.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 67.

bien podrían llamarse editoriales sustitutivos de las columnas periodísticas. Es obvio que la difusión televisiva o radial de este tipo de programas descansa sobre la base de un cuerpo de redacción. La forma de estos medios auditivos o audiovisuales es, entonces, necesariamente escrita. Así el periodismo de las hojas impresas o de los medios electrónicos es obra de escritores consagrados o en su defecto de escritores en ciernes, cuya capacidad expresiva no puede estar ausente a título de la concisión y la objetividad. Es cierto, en el escrito radiodifundido asume principal importancia el énfasis oral, el sonido en la palabra, el ritmo en la frase; en el periodismo de la televisión, aparte del énfasis, el sonido y el ritmo, conjuga su presencia peculiar la retórica de la imagen; pero lo mismo ocurre con la literatura periodística a la cual le son, igualmente intrínsecos, el sonido, el ritmo y la metáfora o imagen literaria.

Véase cómo este examen nos permite establecer una clara analogía: si literato es sinonimia de escritor, el periodista, a su vez, tiene que ser, debe ser, sinónimo de escritor en las proporciones con que su propósito comunicativo ha de integrarse con su calidad expresiva.

Toda literatura puede hacerse periodismo; pero no todo periodismo es susceptible de ser literatura.

Como otra forma que comunica y expresa, el periodismo tiene junto a la literatura características comunes: el periodismo tiene como instrumento al lenguaje, por esa vía se hace posible la comunicación entre el periodista y sus lectores. El periodismo siempre refleja la realidad, aun cuando el énfasis o la connotación en el tratamiento de la noticia sea distinto en cada caso; la realidad reflejada por el periodismo puede ser historia cotidiana de lo actuante, o cuando impulsada en las alas de su libertad ideológica emprenda el vuelo de una futura implicación previsible, lo cual a partir de su idealización es siempre realidad, realidad virtual aunque no concreta. Desde aquí, como producto del hombre para el hombre, desde su causación real, el periodismo como literatura se hermana y coexisten en el irremisible parentesco del hecho social.

## **9. La literatura del periodismo madura en el pueblo**

Compleja y sencilla como la vida es la tarea de escribir cotidianamente o con la periodicidad diversa de revistas y suplementos; compleja por cuanto el periodista se enfrenta ante una intrincada suma de factores, limitantes o exigentes, para desarrollar su creatividad. Cualquiera sea el resultado de su actitud frente a esos factores, siempre estará cuestionándose si su producción



desperdigada en las columnas, los editoriales y los reportajes, no habría podido enriquecerse en cuanto la forma y la profundidad de sus escritos si se liberaba de la caprichosa temporalidad del periodismo. Le acometerá además la angustia de 'no saber si él mismo participa ya conscientemente en el esquema de la unilateral difusión y acicalamiento, para consumo diario, de los "valores" ideológicos del sistema. ¿Cuánto puedo, realmente, ejercer mi libertad si mi propia posibilidad de escribir y hacer pública mi creación depende de la tolerancia o la intolerancia de quienes detentan los medios de comunicación, a los cuales yo accedí como trabajador a destajo?; hilvanador de cuartillas desesperadamente inocuas, donde el pluralismo ideológico de las páginas editoriales no es ni siquiera cortina de tules para disimular la bazofia del predominio político inscrita hasta el empacho en la voráGINE comercial y publicitaria, en la crónica roja del morbo, en la hipócrita condena institucional del ratero de centavos y de la prostituta callejera, en la exaltación del machismo y la dosificación del estupefaciente deportivo, donde el músculo se hace fibra y el espíritu se muere; ¿cómo espantarme del hambre de Bangladesh, de Bolivia, de las ciudades perdidas?; ¿cuánto valen mis monedas de cobre si el pan no llega a los niños de las barriadas del campo?, ¿cómo puede servir mi articulillo de opinión perdido, aprensado en hoja gris y pesada, remotamente confinado a la trastienda de ese mismo periódico solícito en desplegar color, finura de papel, ingenio en el **slogan**, para ofrecerle al público casas cuyos precios no podríamos pagar ni sumando los salarios de toda nuestra vida? ¿Tendrán sentido las notas culturales, dispersadas como granos de arena junto a la mar de noticias sociales?

De la cultura, apenas lo consagrado; del arte indígena, algo para atraer el **exotic hungry** de los turistas gringos; bueno, se habla de la pintura, se la muestra como ingrediente decorativo del jetset, como fondo apropiado para el desfile de modas o se habla del pintor para decirnos cómo fue iniciado en el amor por una chava del "vaivén".

Pieles y diademas, mansiones y banquetes, rostros embadurnados de cosméticos franceses, ¿y la figura del pueblo?, ¿y su rostro y sus senos y sus barrigas combadas y la patizamba caminata de las marías? ¡Ah!, ésa es harina de otro costal; pobrecitos, miren su miseria, no deberían beber tanto pulque, enséñenles a usar anticonceptivos; ¿doce hijos?, pero cómo no, si ni televisión tienen. Vamos, hagan una coperacha, regálenles guaraches; anoche la sociedad protectora de los campesinos pobres tuvo un convivio para allegarles fondos; el cubierto fue de a milanesa y media, hubo caviar, champán "ponros", patitas de rana, filé miñón, **chauteau-**

**briand** y tamalitos de elote en tinta de calamar. ¡Pobrecita mi columna donde reclama justicia, ni mis amigos la leen!

Y es sencilla, así como esta vida nuestra, donde a pesar del lodo, de las heces, de las mentadas de siempre, nadamos, flotamos y estamos asidos a la deriva de un madero llamado ilusión. Sencillo este afán de escribir y asustarnos de cuanto no decimos sentirnos capaces de reconformarnos, de restituirle al lenguaje su vigor de siempre maldiciendo, vociferando, devolviéndole al insulto la esencia del anatema.

Escribir periodísticamente he ahí la palabra, es ese hacernos testigos de algo bueno, postergado y por lo mismo ansiosamente buscado.

Ya sé, la concisión, lo objetivo y original, el *líid* y los encabezados, la propiedad del vocablo, los tópicos qué, cuándo, cómo, dónde, quién, ordenadamente desarrollados. Al grano señor redactor, no divague, no se pierda en especulaciones, el lector quiere información y, cuidado, su modo de pensar puede comprometernos. Oiga profesor, sus artículos no me gustan, los hace usted-poéticos, ¡carajo!, renunciar a la poesía después de tanta catástrofe es admitir la muerte.

Laberintos, literatufias, regodeos y pugilatos; Mao Tse-tung mimando a Nixon como una abuela contrita; los comunistas franceses aboliendo la tesis de la dictadura del proletariado; militares cultos en Bolivia entrando a cada instante en las universidades; seis mil presos políticos en el Uruguay; Brasil, declarado potencia industrial por el señor pacifista, cabalgando en la ignominia; Pelé dictando cátedra sobre el arte de hacerse rico a patadas; Mohamed Alí, el grande, el hermoso, cantado por las muchachas, y el pensamiento, las ideas, confinados a la tercera sombra después de la cola del perro; lo mismo en los periódicos como en las universidades, donde ya ni la duda conduce al indagar, donde el estudiar y el preguntarse se han tornado pavoneos, jactancias y provocaciones.

Pero después de todo, detrás, a salvo en el madero de su esperanza, vive el hombre, ése capaz de hacerse militante de su ensueño, ése cuya voz puede disonar en medio del marasmo, aquél de la palabra impregnada en las verdades. Estad seguros, ése nunca se dejará decir:

Sé como el ruiseñor, que no mira a la tierra desde la rama verde donde canta.<sup>18</sup>

Ése estará aquí, sobre la tierra mirándola, fructificándola; ése cuya voz no es ajena a la sangre, a la rosa, a la roca, ni al aliento de

<sup>18</sup> Ramón María del Valle Inclán, conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid.

las masas, repercutido y estridente, en las sirenas fabriles. Puede ser igual aquel de las élites pensantes, de los cenáculos donde se desentraña ufana la magia de la experiencia, a sola condición de ser él auténtico y sincero.

La literatura del periodismo nace en los camiones, en el metro, viene de la Merced, de Tepito, se hace activista en los sindicatos, alcanza precisión en los partidos políticos, se broquela y científica en las universidades, es aquella antiestética, disonante, ésa encendiendo corajes en los puristas, la palabra sonora, bella, pintoresca, afectiva, pero a prudente distancia del arte por el arte.

Verdaderamente, en esta época de los lenguajes de dominación, donde el concepto obedece a la capciosa intención de los aparatos ideológicos predominantes, el hombre tiene necesidad de liberar los instrumentos de su expresión: enseñar a Pinochet cuando se habla de las posibilidades de la democracia occidental; tipificar la paz al modo norteamericano, en las palabras de Ford; reproducir el traqueteo de las ametralladoras cuando los coroneles fascistas repitan la palabra diálogo; mencionar a Solzhenitzin cuando se quiera ejemplificar la vendimia; escribir Angola cuando se quiera decir autodeterminación de los pueblos; mencionar al tuberculoso, al hambreado, al espalda mojada, a las prostitutas españolas ejerciendo en las calles de Londres y Alemania, cuando nos hablen de iniciativa privada; señalarles Sudáfrica cuando nos digan: ama a tu prójimo como a tí mismo, en fin, mostrar los muertos de Buenos Aires, Tucumán y Córdoba cuando alguien como López Rega nos diga: el mejor modo de aprovechar los alimentos es oliendo su fragancia.

Oponer tu realidad y la mía, la nuestra, la de los hombres empeñados en liberar al hombre, ha de ser la característica del lenguaje periodístico, ese apremio literario ansioso no sólo de nuevas significaciones sociales, también de distintos valores estéticos, liberados de las representaciones imaginarias de los dominadores frente a la apreciación parcial de "su" realidad.